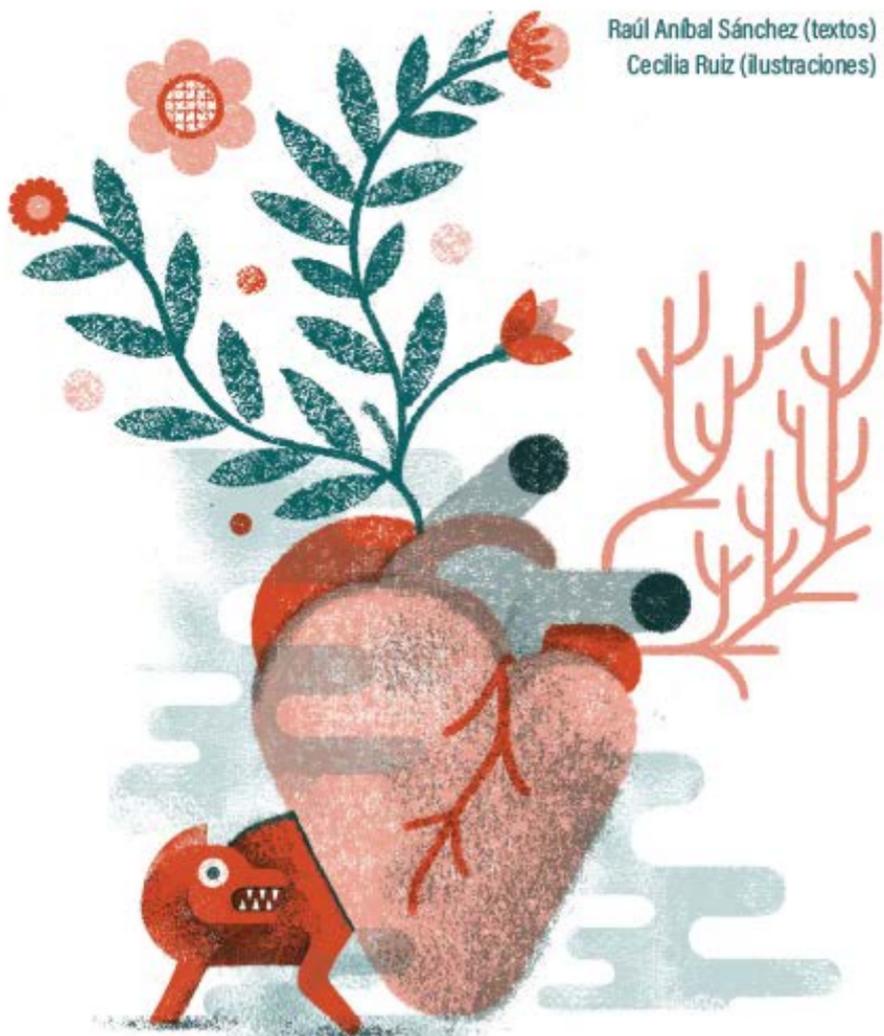


Sobre el dolor, el miedo, el amor

Raúl Anibal Sánchez (textos)
Cecilia Ruiz (ilustraciones)





**Sobre el dolor,
el miedo, el amor**

Sobre el dolor, el miedo, el amor

Primera edición, 2023

Colección: Alas de Lagartija

© Raúl Aníbal Sánchez Vargas, por el texto.

© Cecilia Ruíz, por las ilustraciones.

D.R. 2023 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional

de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces

Paseo de la Reforma 175, 5° piso, Col. Cuauhtémoc,

Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial y edición: Bruno Aceves Humana.

Corrección: María del Carmen Salazar Flamenco.

Diseño de colección: Frida Solano Martínez. Formación:

Sofía Escamilla Sevilla. Producción: José Francisco Rosas García.

Se utilizaron las fuentes Clarendon y Montserrat.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-222-3

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

**DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL**

alas raíces



**ESTRATEGIA
NACIONAL DE
LECTURA**

Sobre el dolor, el miedo, el amor

Raúl Aníbal Sánchez (textos)

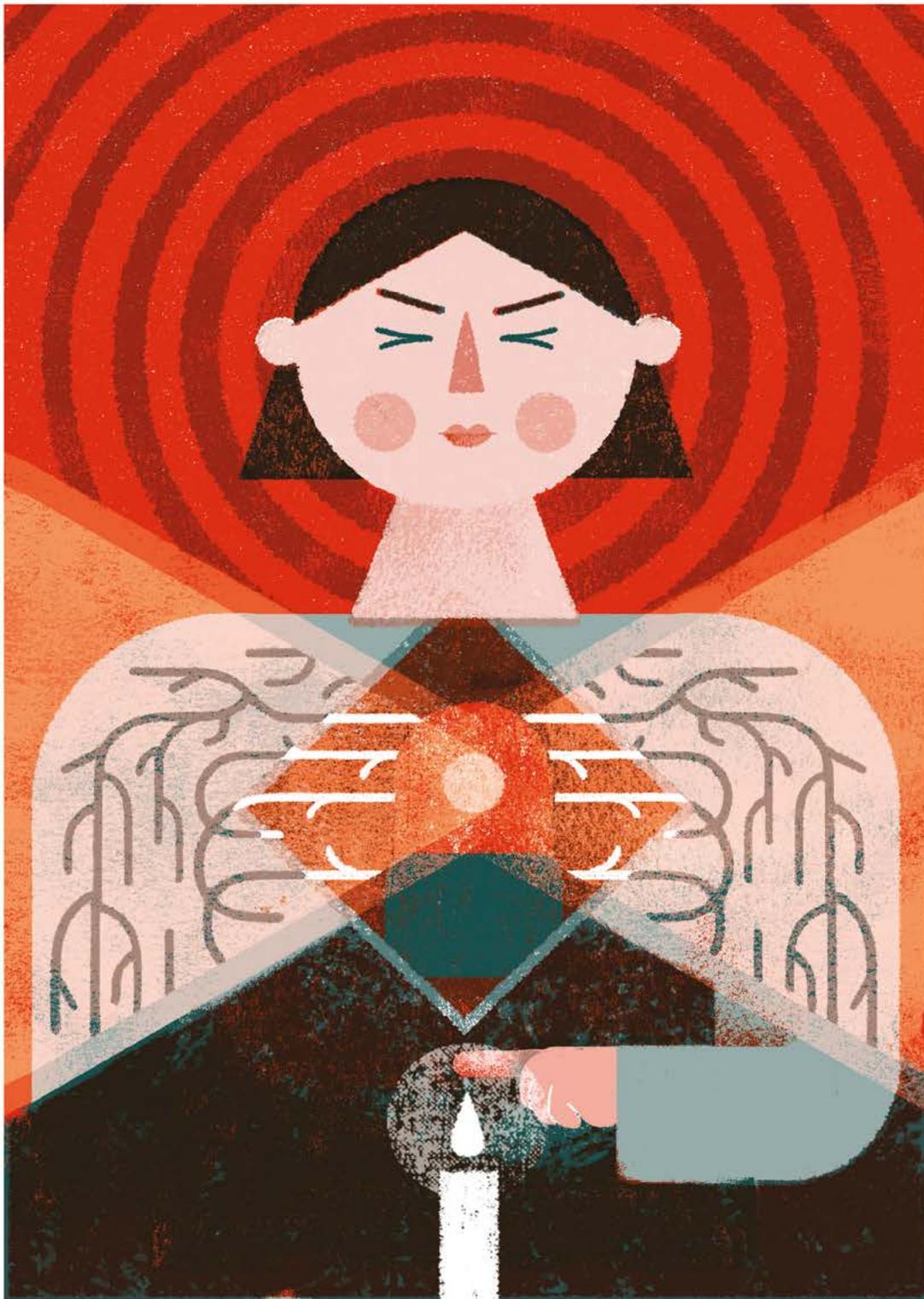
Cecilia Ruíz (ilustraciones)

*Sólo el amor detiene
las paredes veloces,
suspende
el derrumbe.*

Ida Vitale

Sobre el dolor





1

—¿Qué es el dolor?

El semáforo se pone en rojo y mi padre detiene el automóvil. Tiene esa mirada triste que no le abandona desde la muerte de mamá. Cubre sus ojos una especie de velo fino, casi imperceptible, pero está ahí y apaga el brillo de sus pupilas y arruga sus párpados, amoratados por las noches en vela. También esta vez noto algo diferente: sorpresa, incomodidad.

—Helena —dice—, no entiendo del todo tu pregunta. Vaya, en realidad es una pregunta difícil. Recuerdo que a tu edad no tenía preocupaciones tan peculiares. ¿Podrías explicarme mejor tu pregunta?

El semáforo cambia de nuevo y seguimos avanzando. La ciudad huele a humo y un cielo gris y lechoso parece que se va a caer sobre los edificios. No encuentro palabras exactas para explicarme, ése es el problema. Un problema de palabras.

—Es decir, ¿de qué está hecho el dolor? ¿Por qué sentimos dolor al quemarnos o pincharnos? O como cuando murió mamá, un dolor que casi se sentía en la piel, pero no era igual. ¿Por qué es dolorosa la tristeza, por ejemplo?

Entonces, en los ojos de mi padre aparece algo de alivio. ¿Hice algo bien? No, para nada, es que en ese momento llegamos a la escuela. La entrada parece un hormiguero, los automóviles se apiñan rápido detrás de nosotros y, aunque no han pasado ni treinta segundos, comienzan a tocar el claxon como desesperados. Supongo que tendré que esperar.

—Prometo meditar tu pregunta. Platicamos en la tarde, ¿sí?

—Como si tuviera otra opción.

2

Esta mañana me asaltó el recuerdo de mi mamá y de algunas de sus frases que cada tanto repetía: “Quien sabe del dolor todo lo sabe”, había dicho una vez en medio de bromas, mientras le ponía un trapo limpio a mi padre en una cortada que se hizo al lavar los trastes; un manotazo imprudente a las navajas afiladas de la licuadora, a las que tuve miedo desde entonces. Por eso la pregunta que tanto sorprendió a mi padre. Pienso que, de mi madre, de su recuerdo vaporoso, ya sólo me quedan unas cuantas frases de escritores antiguos, los que ella estudiaba con tanto ahínco. Me da un poco de miedo que su recuerdo se vaya difuminando e intento reconstruirla en pequeñas cosas. Apenas me doy cuenta de que no he hecho ni un esfuerzo para comprender a fondo esas frases, ese legado que se desvanece. No sé nada del dolor, por ejemplo, nada excepto que duele.

Mi madre me nombró Helena por Helena de Troya, supuestamente la mujer más hermosa de la historia, hija de Zeus, el más importante dios de los antiguos griegos. A los ocho años leí una historieta que contaba su vida. Helena siempre estuvo acechada por hombres que la querían para sí y fue pretexto para una horrible guerra entre aqueos y troyanos. Por supuesto, esto no me pareció nada simpático y fui a decírselo a mi madre.

—Ya no quiero llamarme Helena.

Ella se rió con esa risa franca y hermosa que siempre tuvo, incluso cuando, tiempo después, el cáncer la postró en su cama y le adelgazó el rostro hasta casi desaparecer. Le expliqué cómo me sentía y ella recobró la seriedad que tenía cuando estudiaba sus libros en griego y latín.

—Nunca pensé en eso —dijo—, cuando te vi por primera vez, en el hospital, después de darte a luz, me parecías una niña tan hermosa que supuse tenías algo de divina. Fue lo primero que pensé, como si el nombre viniera a mis labios por sí mismo. A tu papá no le gustó, él quería ponerte Juliana, una versión femenina del suyo. Le dije que era horripilante y, bueno, sabes que siempre me impongo en esas cosas. Es mentira: Juliana hubiera sido un nombre bello de cualquier manera, pero la verdad es que ninguno hubiera bastado para contener todo el amor que sentía en ese momento. Un nombre es como un recipiente en el que depositamos muchas cosas... esperanza, admiración, felicidad...

Su explicación me encantó y no volví a quejarme. Desde entonces tengo una libretita en la que voy apuntando los nombres de las personas que me interesan y las palabras que me llaman la atención. A veces las busco en internet y cuando no me satisface mucho porque la red está llena de ocurrencias y mentiras, acudo a los libros que tenemos en casa o en la biblioteca. Es un pasatiempo que, no lo sé, ¿me ayuda? ¿En qué me ayuda? La libretita me causa algo, supongo que calma, orden, qué sé yo. La vida va tan rápido y yo, a veces, tengo miedo de olvidar las cosas, de que la vida me pase de largo y yo ni me entere por estar distraída mirando las moscas. Tal vez en la libreta más que nombres guardo lo que no quiero que se me vaya a escapar.

Pienso que mi mamá era así, ñoña, pero —digamos— en grado de ñoñez extremo. Era una mujer impresionante, siempre con la nariz metida en bibliotecas y un poco fuera de este mundo. Papá, en cambio, es doctor, nada distraído y con los pies muy puestos en la tierra. En verdad no se parecían mucho, pero hacían una pareja fenomenal. Cuando a ella le diagnosticaron poco menos de un año de vida pareció no inmutarse, pero papá entró en una espiral de desolación e impotencia. Siempre tuvo fe en la medicina y cuando mi

madre se negó a ir a un tratamiento experimental, él terminó por deprimirse. Han pasado años desde que ella murió y quiero creer que no nos va tan mal. Cuidamos el uno del otro, aunque a veces siento que yo lo cuido más a él, como si, a pesar de ser alguien muy alto y muy fuerte (mi papá es el hombre más alto del mundo), en cualquier momento se fuera a romper.

3

La profesora Margarita, maestra de literatura, delgada y pequeña como un pajarito, dice algo que me interesa mucho, pero me resulta imposible poner atención. Por alguna razón este semestre su clase quedó todos los días a primera hora, que no es la mejor para la concentración. Sarah, mi mejor amiga, no deja de enviarme notas por debajo del pupitre y yo, para que no se sienta ofendida, me veo obligada a leerlos y responder.

¿Ya viste cómo se peinó Carlos el día de hoy? ¡Se ve divino!

\(\♥_♥)/

Usar los teléfonos en clase está muy mal visto, y en el fondo Sarah y yo también somos ñoñas, moriríamos de vergüenza si nos llamaran la atención. Y, sin embargo, el chisme no parece un fenómeno que pueda detenerse en el salón de clase, así que recurrimos a esto del recadito por debajo, como si en diez mil años no hubiera recesos y no pudiéramos esperar a contarnos cualquier tontería. Sarah está chiflada por esas cosas, lo único que hace es hablar de Carlos, de que si se compró un pantalón, si se peinó diferente, si se cortó el cabello. A veces no la aguanto; siento que ha cambiado en este año y ya no puedo platicar con ella de nada. Carlos siempre me ha parecido un tipo antipático y presumido.

Yo lo veo igual que siempre, creo que estás loca. (?_?)

—Helena, ¿te importaría?

La profesora Margarita me mira con enfado y detiene con un dedo largo y huesudo el papelito con mi respuesta. Me preparo para la humillación, el clásico “comparte con tus compañeros lo que es tan importante”, pero la profesora sólo

toma el papel, lo lee y lo guarda en el cajón de su escritorio. Casi respiro con alivio.

—Helena, pon más atención por favor. Te espero después de clases para que platiquemos.

Se escucha un tssss coral por todo el salón, como si en ese momento me condenaran a cadena perpetua. Me pongo furiosa y miro a la pobre Sarah como si me la fuera a comer con los ojos. Ella se hace bolita, cada vez es más chiquita y casi desaparece bajo su banca. No puedo enojarme con ella mucho tiempo, aún es mi mejor amiga.

Llego a casa tardísimo después de la plática con la profesora. No estaba enojada, sino algo peor. Parece que desde que murió mi madre todo el mundo me trata con pinzas, me miran desde arriba con los ojos acuosos, como si les causara una pena inmensa el sólo tener que convivir conmigo. Me dijo que ella estaba ahí para platicar conmigo cuando quisiera, que esperaba que mi rendimiento escolar no se viera afectado porque soy muy buena alumna, etcétera. No es mala persona la maestra Margarita, la aprecio, incluso, pero hay cosas de las que no me gusta hablar. Ella sostuvo un monólogo largo sobre la importancia de este momento en mi vida: aprender, descubrir, no aislarme de los demás; tonterías escuchadas mil veces sobre la resignación y el consuelo. Terminé agotada y ella también. La abracé como por instinto, como si necesitara sentir contacto humano y salí del salón con un nudo en la garganta.

Mi padre me espera con preocupación. Tiempo atrás dejó la clínica donde trabajaba y abrió un consultorio en la casa, se supone que para cuidar mejor de mí. Con mi edad eso ya no tiene mucho sentido. Yo creo que en realidad ya no podía seguir con su trabajo de cirujano ni con el hecho de ver enfermos graves todo el tiempo, o la visión de las entrañas de sus pacientes como recordatorio de que somos simples máquinas que, en algún momento, fallan y se detienen.

Pregunta el motivo de mi tardanza y le cuento lo que ha sucedido, algo parecido a una sonrisa asoma en la comisura de su boca.

—Vamos a comer y te contesto la pregunta de hoy en la mañana.

¡Lo había olvidado por completo! Apuro como si fueran agua las lentejas que preparó mi padre, e igual hago con el puré

de papa, la ensalada y el pollo (por fortuna mi padre siempre fue un buen cocinero y no quedó, como he sabido de otros tristes casos, indefenso en su viudez). Terminó mi comida, llevo los trastes al fregadero y regreso lo más rápido posible a la mesa. Papá aún mastica, con toda la lentitud del mundo, pero de inmediato siente mi mirada a la expectativa. Otra vez media sonrisa se le dibuja en el rostro (nunca completa desde hace mucho tiempo).

—Está bien, está bien—dice—. Pero tú dime primero ¿qué piensas que es el dolor? El dolor físico, claro, no entremos en terrenos más escabrosos por ahora.

—Es algo horrible—contesto—. No puedo pensar en algo peor. Como cuando tenía siete años y me caí en el parque y me golpeé en la cabeza. Nada me había dolido tanto en la vida, cuando menos hasta entonces. Una respuesta del cuerpo.

—Sí, recuerdo que te acercaste llorando y no sabíamos qué sucedía. Nos preocupamos mucho. ¿Y crees que era mejor que no te doliera aquella vez?

—Pues claro, no veo por qué una persona debe experimentar algo tan atroz.

Papá se acerca a mí y me acaricia la cabeza, posa su mano experta de doctor donde aún se encuentra la pequeña cicatriz, cubierta por una mata de pelo. Luego dice:

—¿Y cómo, entonces, nos hubiéramos dado cuenta de lo que te sucedía? ¿Recuerdas que señalaste tu cabecita y tu mamá y yo inmediatamente encontramos dónde te habías golpeado? La descalabrada cubierta por un pequeño coágulo que comenzaba a formarse y el cabello apelmazado por la sangre.

—Sí... claro... pero si no hubiese sentido dolor no hubiese necesitado llorar —dije mientras intentaba imponer mi opinión. Conozco a papá y sé que en ese momento me ha enredado en una de sus trampas, está siendo condescendiente. Resiento su manera de tratarme como niña, sin embargo, me gana algo de compasión. A veces, en las mañanas, veo su mirada desesperada como si le costara un gran esfuerzo haber sobrevivido.

—Pero la sangre, la herida seguía ahí. Mira, concuerdo contigo, el dolor es espantoso, pero es algo necesario. Así aprendemos que las cosas queman, irritan, pican, nos dice cuando algo va mal en el cuerpo y nos dice en qué parte del cuerpo es que va mal. Como los focos rojos del automóvil cuando falta gasolina. Por desgracia, los seres humanos no tenemos focos rojos.

Y la verdad es que admiro a mi padre. Los años que pasó en la escuela de medicina, mientras trabajaba al mismo tiempo, cómo ayudaba a mis abuelos y la manera en que quiso a mi madre sin reservas y hasta el final. Me queda claro que yo podía entender todo aquello sin el ejemplo de los automóviles y su mano indulgente en mi cabeza, como quien adiestra a un niño chiquito.

—Pero cómo funciona. Todo eso parece un misterio tan extraño, ¿cómo es posible esa cantidad de sensaciones? Una quemadura es diferente a una cortada, un dolor de estómago, una uña enterrada..., un cólico, Dios mío, ¡cómo odio los cólicos!

Suena, entonces, el teléfono y no puedo terminar. Es Sarah, quien pregunta por mí y llora desconsoladamente.

—¡Es un tonto, un holgazán, un pelafustán, una bola de pelo y moco que se retuerce en la banqueta...!

Desde que me aparezco en su casa, algo asustada porque no entendía nada por teléfono (afortunadamente vive a sólo dos cuadras de mi casa), Sarah no para de machacar insultos uno tras otro y les agrega fantásticos giros, en medio de sollozos, como hipidos. Me cuesta mucho trabajo no comenzar a reír. Cada que farfulla algo es más inusual que lo anterior:

—¡Un pedazo de llanta vieja que los perros huelen en el basurero! ¡El cabello más estúpido que he visto!

Sarah es también un nombre muy antiguo según recuerdo: significa “princesa”. Sin embargo, esta Sarah no se ve precisamente llena de dignidad real, con el rostro hinchado y reseco por las lágrimas. Cuando por fin deja de patear, toma aire muy fuerte, pues ya se estaba poniendo azul de tanto grito. Suena con fuerza los mocos que le colgaban de su nariz y yo por fin suelto una risita. Ella me mira en seco y temo que se enoje o se eche a llorar de nuevo, pero en lugar de eso emite también algo parecido a una risita, como quien de pronto, a solas, se da cuenta de que está haciendo el ridículo o de que sus acciones no sirven para nada. Una risita entre irónica y divertida de sí misma.

Pues nada, que el tal Carlos ese, el del cabello divino, la bateó esa tarde mientras la maestra me daba un condescendiente sermón de largo aliento. No sólo la bateó, sino que además le dijo que le gustaba otra muchacha. Y comencé a pensar que había sido un poco injusta con Sarah, sobre todo después de ver su reacción de llanto interminable. ¿De verdad le gustaba tanto? ¿Le dolió que le dijera que no? Y el llanto, pienso, ¿qué tiene que ver con el dolor?

Me esfuerzo por consolarla de la mejor manera posible. Parece más que adolorida, contrariada. Como si de pronto no supiera a qué dedicar sus esfuerzos aparte de fantasear todo el día, cinco días a la semana, con su compañero de la escuela. Para mí, debo decirlo, resulta un alivio, ya me estaba cansando de la monotonía de su conversación. Se queda de pronto seria, mirándome con los ojos muy abiertos y atónitos, como si recordara algo importante que hubiese olvidado por un momento, y me dice:

—Nunca adivinarás quién es la muchacha que le gusta...

Pero algo dentro de mí ya sabe la respuesta...

6

—La función del dolor es señalar al sistema nervioso que una zona del cuerpo se encuentra en peligro, pero no sólo eso: también es una forma de evitar los daños al mínimo una vez que se han producido y, además, enfrentar la situación de riesgo. La cantidad de partes del cuerpo humano que intervienen es casi inimaginable, sobre todo si piensas en lo instantáneo de la reacción...

Papá comienza a hablar y esta vez va en serio, tuvo ya tiempo para pensar en la mejor manera de explicarme las cosas. Así que de pronto me veo atrapada en una larga clase de biología que yo misma solicité. Pero no puedo poner mi cabeza en orden, no después de lo que dijo Sarah, que yo le gustaba al tal Carlos. No me parece un tipo feo, incluso, aunque un par de horas antes yo creyera que era un patán vacío por dentro, rodeado siempre de muchachos y muchachas populares que lo tratan zalameramente como si desearan algo de él.

—Lo primero son los reflejos, impulsos involuntarios que se originan en la médula espinal. Así es cuando te quemas con la plancha y retiras la mano sin pensarlo, o cuando tienes algún golpe en la espalda y tus músculos del torso se paralizan, para evitar que te lastimes más...

Mi padre comprende que me cuesta trabajo seguirlo y supongo que piensa que es porque soy distraída, o alguien simple. Se mueve rápidamente hacia donde estoy sentada y con los nudillos del dedo medio e índice me da un ligero golpe en la parte baja de la rodilla. Mi pierna se eleva cómicamente, como si diera una patada. Cuando más chiquita iba a revisión, el pediatra utilizaba un pequeño martillo de goma, así que pude prever lo que tramaba mi padre; sin embargo, nunca deja de ser una sensación extraña. Es curioso

que algo tan inofensivo, que de hecho ayuda a los doctores para saber el estado de un paciente, se origine en el mismo lugar que la intensa repulsión de una quemadura o la parálisis que sigue a un desgarro muscular.

—... Casi al mismo tiempo se activan los mecanismos de localización, que te dicen qué parte del cuerpo te duele. Esto gracias a unas terminaciones nerviosas que tenemos en todo el cuerpo llamadas nociceptores.

—Suenan a la clase de palabrotas que utilizan ustedes los doctores y que estoy segura se me olvidará mañana —le digo intentando hacer una broma, pero no le hace mucha gracia. Sé que mamá no puede regresar y estar con nosotros, pero no veo por qué tuvo que llevarse el sentido del humor de mi padre.

—No creas, cuando estaba en la facultad yo también tenía problemas para recordar esas palabras. Un buen truco es saber qué significan. Noci viene del latín *nocere*, hacer daño, como la palabra “nocivo” que usamos todos los días... Tu madre era experta en estas cosas.

Titubea un poco y después, agitando una mano frente a su rostro, como si espantara una mosca o un mal pensamiento, prosigue su explicación.

—En fin, estas terminaciones nerviosas se encuentran sobre todo en la piel, músculos y vísceras, en mayor o menor grado. Así, cuando nos lesionamos la piel sabemos inmediatamente en qué parte ha sido, pero si la lesión es profunda se siente difusamente, como si el cuerpo no pudiera localizarla con exactitud...

—“Quien sabe del dolor todo lo sabe”, recuerdo que dijo una vez mamá —interrumpo, como si fuera algo casual y no el origen de toda esta explicación.

—Era una frase que siempre repetía, aunque cambiando con su sentido del humor el significado original. La escribió Dante Alighieri, uno de sus escritores favoritos, y supongo se refería a la simple condición humana. Aunque en medicina no está tan alejada de la verdad —termina mi padre de decir esto y entonces sonrío complacido por sus dotes de maestro, es decir, sonrío de verdad. Y seguimos hablando hasta entrada la noche, y reímos, y estoy tranquila por él y por mí, como hace mucho tiempo no sucedía.

7

Estado de alerta, como un conejo o una ardilla, las pupilas dilatadas. Taquicardia, el corazón bombea más sangre al organismo. Se libera adrenalina, mi nariz se hincha de aire como aprestándome a huir o luchar contra un mamut o un tigre dientes de sable para proteger mi vida o la de mi familia, habitantes de una cueva prehistórica.

Es otro de los complejos mecanismos que suceden al dolor, alerta general: estrés, le dicen. Puedo sentirlo y me asombra la conciencia que tengo de ello. Pero no he sido herida por un tigre dientes de sable... vamos, ni siquiera me caí del pasamanos del colegio y me raspé la rodilla. Simplemente es de mañana y tengo que entrar al salón de clases, donde el día anterior, gracias a Sarah, mi mejor amiga, fui humillada públicamente. Y para lograr entrar al salón tengo que pasar por donde está Carlos, quien justo ese mismo día anterior yo pensaba que era un gañán y después me enteré de que yo le gustaba. Carlos, el siempre rodeado de horribles muchachos con falsas sonrisas.

“Apuesto que ellos no saben nada del dolor, pero con gusto les enseño”, pienso en un ataque de cólera momentánea, de irritación. La irritación nos quita la empatía, de ahí que, en las grandes ciudades, en los embotellamientos de automóviles y las horas pico, la gente esté dispuesta a matarse entre sí por casi nada. Comprendo que todo esto es parte del mismo mecanismo. No deja de ser intrigante que el dolor, los nervios, la cólera, se encuentran tan próximos uno del otro. “A veces, los estados emocionales son capaces de producir reacciones similares a las del dolor”, mencionó mi padre. Para cuando terminé de pensar todo esto ya he entrado en el salón, casi sin darme cuenta.

8

¿Qué piensas hacer con lo que te dije ayer? (--)*

Sarah, sin escarmentar, me pasa un recado bajo la mesa. Esta vez procuro no perder de vista lo que dice la maestra. Por fortuna parece que mi amiga no me guarda rencor. ¿Y por qué habría de hacerlo? Después de todo no es mi culpa. Más bien le causa curiosidad, como si ya tuviera una nueva misión en la vida. Parece que yo tampoco he aprendido mi lección, porque le respondo inmediatamente:

¿Cómo que qué voy a hacer? Tengo mejores cosas que hacer. Es más, ni siquiera me acordaba.

Una mentirilla inocente, pero Sarah, mi mejor amiga desde hace mucho tiempo, no se la traga:

Nunca digas de esta agua no he de beber (- _ -)

No es Dante Alighieri, no es Homero, pero hay que reconocer que Sarah tiene cierta sabiduría popular debajo de toda esa frivolidad que, a veces, me enloquece. Va a ser un día muy largo.

Al salir del colegio, Sarah y yo escuchamos un revuelo y vemos cerca de las canchas un grupo de muchachos que gritan como en una subasta de las de la televisión. “De seguro se trata de un pleito ridículo”, pienso, “de esos en que por una tontería (un insulto al aire, un post en redes sociales, una figura de acción) dos muchachos terminan desfajados, despeinados y con un reporte de mala conducta en la dirección”.

Sarah, con morbo evidente, me arrastra hacia el grupo que agita sus manos al aire. Es un poco denigrante cómo se comportan mis compañeras y compañeros, parece una pelea de gallos. Sólo les falta arrojar billetes al centro del círculo.

Cuando Sarah, quién sabe cómo, logra que nos infiltremos entre la gente para ver de cerca, por fin reconozco a los contendientes. Es Carlos, y uno de sus maravillosos amigos, quienes “pelean” uno contra el otro. El primer círculo de espectadores también lo componen sus otras amistades, y me doy cuenta de que nadie intenta detenerlos..., ¡vaya amigos! Carlos es el jefe de la banda de guerra, y además, su familia tiene algo de dinero que pasea por la ciudad ostentosamente en forma de camioneta del año. En fin, pues, que todo el mundo quiere juntarse con él y que se les pegue un poco la popularidad, intentando que los lleven a casa después de la escuela, o los inviten a comer o a jugar videojuegos. Parece que uno de ellos se ha hartado de fingir. No siento en ese momento mucha lástima por ninguno de los dos.

Digo “pelean” entre comillas porque no hacen más que darse pequeños empujones y girar en círculos, azuzados por la multitud. Eso me alivia un poco, detesto la violencia. Me dispongo a salir de ahí sin importar lo que diga Sarah cuando, de pronto, Carlos se da cuenta de mi presencia. Pone una cara estúpida y levanta la mano para saludarme.

La expresión de tonto se le queda congelada en el rostro por el tremendo puñetazo que su amigo le da en la nariz. Todos callan de pronto, como pensando que algo así no podía estar pasando. Carlos cae sobre su trasero y un hilito de sangre, un pequeño, pequeñísimo hilito de sangre le sale por la nariz. Suficiente sangre para que la multitud se disperse, como una bandada de pájaros asustados. Quedamos Sarah, Carlos y yo, en medio de las canchas ya casi vacías.

Él resiste como puede, pero veo que una lágrima se le escapa del ojo derecho. Yo pienso, entonces, que miles de neurotransmisores se activan en un instante, mensajes eléctricos recorriendo su piel hasta el cerebro, montones de sustancias químicas que se liberan por todos lados, alertando, controlando, incluso, anestesiando hasta donde es posible. Dijo mi padre que la nocicepción es la única etapa común en todas las personas, pues es completamente bioquímica. Después, viene la percepción consciente, el razonamiento del dolor. ¿Es por eso que llora? ¿Llora de dolor o de coraje?

Sin pensarlo, y, como si fuera un reflejo de esos que se dan en la médula espinal, le ofrezco una mano amistosa. Amistosa de verdad, para variar. Él toma mi mano para levantarse y una sensación cálida recorre mi cuerpo, como si su gratitud me traspasara.

Mi madre amaba los nombres y pasaba mucho tiempo contándome sus orígenes secretos. Decía, sin embargo, que en el fondo no podemos saber por qué las cosas se llaman como se llaman. Carlos es un antiguo nombre germánico. Quiere decir “hombre” o “guerrero”, pues al parecer para los germanos eran la misma cosa. Este guerrero está ahora en la sala de mi casa con una bolsa de hielo en la nariz, más tranquilo después de que mi padre le dijera que no era nada grave y le recetara un analgésico para niños, de esos que saben a fresa. Intuí por sus movimientos que Carlos quiso protestar algo referente a su edad, pero se quedó callado y aceptó obediente la pastilla. Papá se va a sus consultas y parece contento de que tenga un amigo más, aparte de Sarah, la ruidosa Sarah, quien se fue revoloteando a su casa después de acompañarnos hasta la mía sin dejar de mirarnos, como una gallina mira a sus polluelos. De vuelta en la sala, Carlos me ve a mí y los libros de mi madre y de mi padre alternadamente, libros dispuestos en la sala en altos libreros, a falta de un cuarto que pudiera servir de biblioteca. Nuestra casita no es muy grande, y todo lo sobrante se transformó en el consultorio.

—No sabía que tu padre fuera doctor —me dice, para romper la tensión.

—Sí. Como verás, tiene su consultorio aquí en la casa. Es muy útil porque hacemos juntos la comida y él decide cuánto y cómo trabaja.

—¿Y tu mamá no los ayuda?

—Oh, mi mamá está muerta —contesto con aparente naturalidad, pero veo que se ha sonrojado. Como si dijera: “Justo lo que me faltaba, maldito tino”.

—No te sientas mal —digo para calmarlo— no es tu culpa. Además, ha pasado algo de tiempo. ¿A qué se dedican tus papás?

Carlos me cuenta que su padre es albañil y su madre abogada, “otra pareja desapareja”, pienso. Su padre tiene algo de prestigio y aunque no terminó la secundaria es muy solicitado y gana bastante bien; la madre es defensora de oficio, ambos trabajan y ahorran mucho para que no les falte nada a sus hijos, Carlos el mayor y dos hermanas. Me siento mal, a sus ojos yo debía ser la verdadera pedante.

Pero él no me trata diferente, al contrario: su cortesía me sonroja y hace regresar la absurda e indolora taquicardia de la mañana.

Mi padre aparece de improviso con una cara de despistado que nadie le cree y pregunta si Carlos quiere que lo llevemos a su casa. Él contesta que su casa no está lejos de la nuestra, que puede llegar caminando. Padre le saca más información y concluye que Carlos y yo deberíamos caminar juntos hasta allá. En ese momento tengo ganas de decirle a mi padre que lo voy a asesinar, pero en lugar de eso escondo la cabeza lo más que puedo en el cuello de la camisa del uniforme, como una ridícula tortuga.

—No olvides traer un litro de leche de regreso —dice mi padre, dándome dinero y volviendo a desaparecer tras la puerta que conecta con su consultorio.

Así que caminamos, y yo, como no creo tener nada que decir, cuento todo lo que mi padre me ha enseñado el día anterior. Entonces, parece prestarme verdadera atención, diciendo que su clase favorita es biología y que es muy interesante mi balbuceo sobre neurotransmisores, esas pequeñas moléculas que transmiten información de una neurona a otra, de cómo al recibir un daño un montón de ellas se liberan en diferentes partes del cerebro, rebotando de un lado a otro contándose lo que está mal.

—¿Te imaginas? Pedacitos diminutos de materia paseándose por nuestra cabeza, viajando junto con impulsos eléctricos a velocidades increíbles. Uno por lo general cree que todo está quieto allá adentro —digo tocándome la cabeza. Él me mira emocionado.

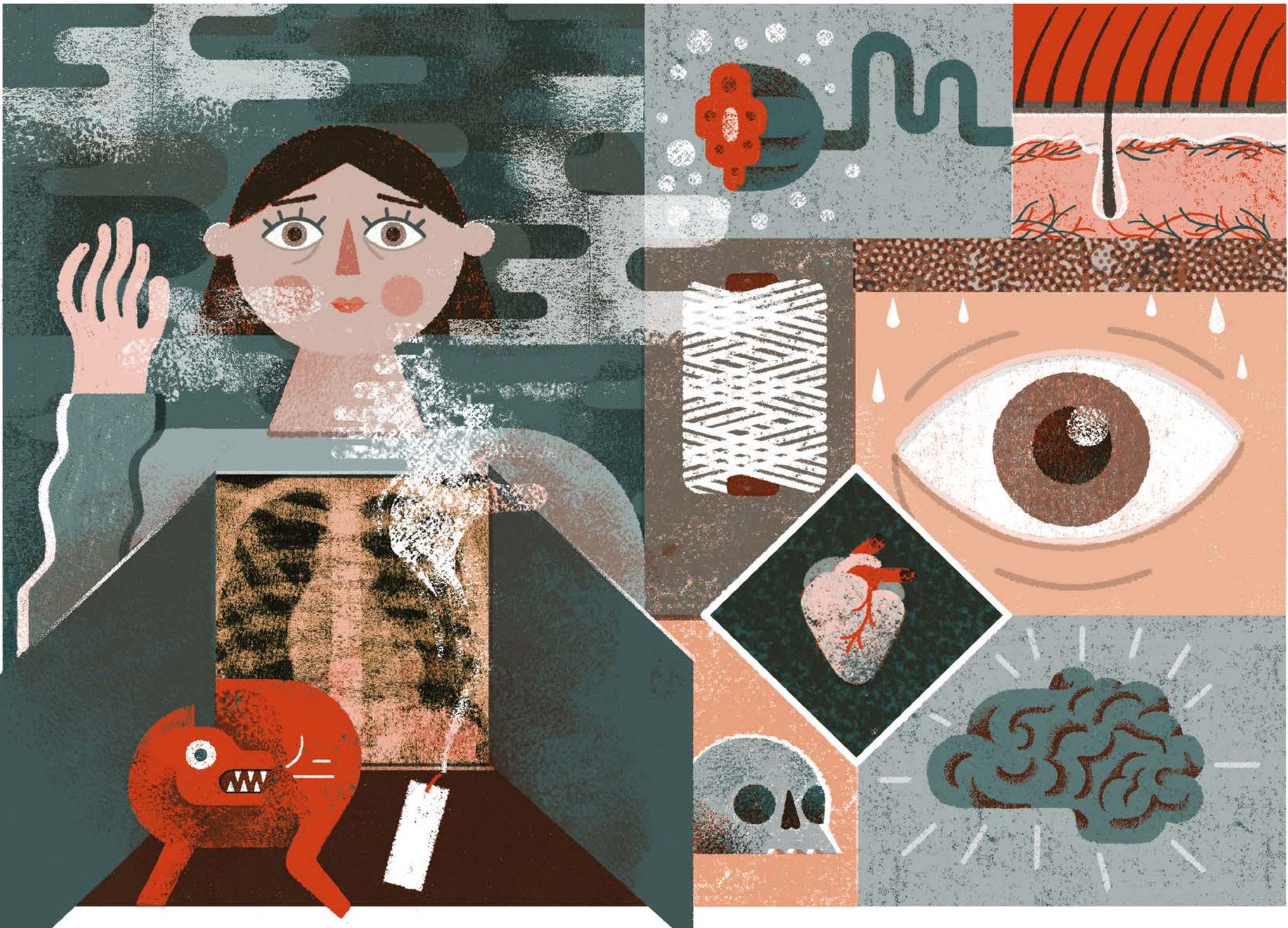
—Esto no nos lo explicaron en biología.

Emocionada, nerviosa (¿por qué?), no puedo parar de hablar y simplemente alardeo sobre las cosas que encuentro al azar en los libros de mi madre. Carlos se detiene, me toma de la mano y dice que hemos llegado a su casa, que espera verme de nuevo en la escuela, que ha sido un día maravilloso, que está muy agradecido, que nunca había esperado conocer a alguien así, que mira ya comienza a meterse el sol. Sin soltar mi mano me acerca hacia él y me besa en los labios.

Saber todo de algo implica conocer su opuesto. Esto debe ser lo contrario del dolor.

Sobre el miedo





Han pasado días de eso y no pienso decir más. Es un secreto, mi secreto, y siento ahora como si fuera hace muchísimos años. Hoy ayudo a mi padre a limpiar la casa, mientras atiende a sus pacientes.

En la biblioteca de mi madre, dentro de un polvoso volumen bilingüe de las *Meditaciones* de Marco Aurelio, encuentro una carta. Para mi sorpresa la carta está dirigida a mí: “A Helena, mi hija”. Tiene fecha de hace algo más de dos años, unos seis meses después de su diagnóstico de cáncer. 5 de julio, su cumpleaños número 39. ¿Por qué escribiría esta carta y la arrojaría en medio de un montón de libros, como por accidente, en lugar de dejársela a mi padre o al abogado que llevó sus asuntos hasta el final? Esta carta pudo haberse perdido durante años, o bien, nunca ser encontrada. Mi madre tenía una inocente vanidad que a muchos fascinaba, como fascinó y desarmó por completo a mi padre. A mí, en cambio, de pronto me molesta su descuido o sus deliberadas ganas de provocar el misterio. Estás muerta, mamá, ¿por qué enterraste entre juegos las pocas cosas que me dejaste? Esto no es una película...

Aunque no tiene tanto tiempo de fallecida, ya siento que pierdo poco a poco el recuerdo de sus rasgos. Sólo me queda esta extraña sensación de conocerla mejor que cuando vivía, esta sensación de comprensión y ternura, como si ella fuese la hija y yo la madre. Estoy segura de que, en esa vanidad que ni en sus últimos momentos la abandonó, lo que pensó al esconder esta carta fue sorprenderme algún día. Un pequeño detalle que viaja en el tiempo, una apuesta al futuro.

A Helena, mi hija

Tiempo estuve pensando en esta carta, días en vela que me han costado estas ojeras que verás mañana en la mañana,

mientras desayunamos los tres, con esa expresión grave que han adoptado y que sólo se relaja al mediodía, como si la muerte ya no tuviera espacio en nuestras cabezas calentadas por el sol. Tu padre me ha llevado a cenar a mi restaurante favorito (“*Il fornaio*”, que suena glamuroso, pero quiere decir “El panadero”) y después de regresar ha ido a su estudio a seguir en su infelicidad. Tú te encuentras durmiendo en la casa de una amiga de la escuela (no puedo recordar su nombre en este momento, es una pena). Partiste algo renuente, y pensaste que cada segundo lejos era un segundo perdido, yo en la puerta, con una sonrisa, te dije como una orden que tenías que vivir, o algo por el estilo. Sólo cuando me pongo mandona y dramática es que parecen hacerme caso en esta casa.

No sé cuánto tiempo pase hasta el momento en que descubras esta carta, y sé que pensarás que fue soberbio de mi parte el no sólo adivinar, sino atribuirte pensamientos. Es probable que para entonces no recuerdes este día, o tal vez cuando la leas, la memoria de esos instantes regrese a ti. ¿Vívida, borrosa, solemne, alegre? Quisiera que me recuerdes, si no con nitidez, con una especie de alegría, aunque sea lejana. Pero, ¿cómo saberlo? Decía Cicerón: “La vida de los muertos perdura en la memoria de los vivos”.

Sé que estoy pensando demasiado en algo sin sentido. Es curioso, toda mi vida quise escribir mis pensamientos, deslumbrar a las personas con poesía, con relatos de mi adolescencia, de mi familia, de los abuelos que nunca conociste. Cómo llegaron a este país saliendo de otro, que se encontraba en medio de la guerra más espantosa vista por los seres humanos, y cómo reconstruyeron una vida, aprendieron una lengua, cantaron las canciones de su pueblo y contaron a su vez las historias de su gente. Pero

no pude, nunca tuve el talento, o la disciplina, o tal vez creí que el tiempo por delante era inmenso, inagotable. En lugar de eso me dediqué a estudiar a los grandes hombres y mujeres del pasado, a destripar sus versos y epístolas, a contar acentos y sílabas en una lengua muerta e impronunciable. Aun ahora que intento escribir esto recurro a sus palabras, a los antiguos ecos de su sabiduría. Releo lo escrito y me encuentro lejana, pedante, incapaz de expresar una verdad o de decir algo bello.

Te amo, es lo más importante que quiero decirte. Te amo a ti y a tu padre, con un amor incondicional e irracional. No tengo miedo, es lo segundo que quiero decirte. “No tengo miedo ni tristeza”, como decía Fénelon (otra vez los ecos del pasado), la muerte sólo será triste para quienes no han pensado en ella. Siento culpa, culpa de mi cuerpo que le hace esto a mi familia. ¿No es extraño? He pensado largamente todo esto, y lo único que me sobrepasa es la rabia de dejar esta tragedia entre ustedes, algo que no se merecen.

Te amo y te añoro, ahora mismo, a un par de horas de verte, sabiendo que regresarás mañana. Añoro a tu padre, también, a pesar de que se encuentra a unos metros de este escritorio. De alguna manera la enfermedad ha tendido un velo entre nosotros, nos ha separado, nos ha acomodado en realidades diferentes y yo los miro a ustedes y ustedes a mí, como a través de un cristal empañado. A veces quisiera gritar y decir: “Aquí estoy, aún no he muerto, soy yo”.

Tal vez sí tengo miedo, ¿cómo engañarme a mí misma? Los pensamientos me obsesionan y sólo el cansancio y los medicamentos me permiten dormir por las noches. ¿Qué habrá del otro lado, detrás del muro inquebrantable? Pero ustedes son mi fortaleza y mi templanza. Nada me falta si los tengo a ustedes.

Consérvame siempre, Helena. Guárdame en tu pecho como yo siempre te he tenido en el mío. Tal vez la razón de que nunca escribiera, como eran mis deseos, es porque no hay palabras para lo más importante. Los seres humanos tienen miles de años intentando describir el amor y la tristeza, pero no hay palabras justas y exactas para ello. No hay palabras para el miedo, y algún día también sabrás que no hay palabras para el deseo.

Consérvame siempre, guárdame, y recuérdame alegre. He tocado sus corazones y es injusto que me vaya, pero supongo que así son las cosas. Guarda ese tacto, lee mis libros, donde yo he encontrado algo de consuelo, donde yo he vivido una vida plena, así sabrás que todo pasa y que no vale la pena afanarse en ello. Lo que importa es querer mucho, como yo te quiero.

Te escribo, sin desesperación, con renovada calma y esperanza, desde el pasado. ¿No es maravilloso? ¿No es casi increíble? ¡Lo que inventamos los seres humanos para burlarnos del tiempo!

Tu madre que te quiere.

Rebeca.

Me siento paralizada. Con mucho esfuerzo logro mover los dedos y doblar la carta cuidadosamente para meterla de nuevo en el libro. No hay nadie alrededor, estoy sola en la sala biblioteca, no se escucha ningún ruido en la calle ni adentro en la casa. Sólo puedo escuchar una especie de zumbido irritante en los tímpanos que parece provenir de ningún lado. Respiro con fuerza como después de realizar un trabajo físico extenuante.

Mamá, estabas tan sola, tan lejos. Todos teníamos miedo, miedo y vergüenza de no poder ayudar, de no ser capaces

de hacer nada. Es la vergüenza lo que nos separaba, ese absurdo velo entre nosotros, un sentimiento estúpido, innecesario. No puedo más, y como nadie me está viendo, me echo a llorar hasta que me duele insoportablemente el estómago y siento que me arde la piel de las mejillas.

Nunca he llorado tanto en la vida, Mamá. Ni siquiera en tu funeral.

2

Nombres, nombres, esto es un tratado de los nombres, un sistema solar de los nombres, una enciclopedia de los nombres, una pirámide de los nombres. Julián, Rebeca, mesa, pan, tierra. Al pan, pan y al vino, vino. Pero miento, los nombres no tienen significados exactos, se han perdido en la bruma de los tiempos o nunca los tuvieron desde el principio. Julián, de la familia de los Julios, es decir, del dictador romano Julio César. ¿El de cabello rizado? ¿El juvenil y vigoroso? Mi padre tiene el cabello lacio y corto, muy negro aún a sus cuarenta y cuatro años. Hay días en los que se ve renovado, días verdaderamente juveniles y vigorosos. Hay días en que es una sombra con pantuflas que ronda la casa y que, de no ser por sus pacientes, se mantendría así para siempre. Papá ha hecho del trabajo un ancla en el mundo y un motivo de vida. Su trabajo y su hija lo mantienen en pie. Además, se ha vuelto un excelente cocinero.

Preparamos al anochecer filete de pescado al horno y una ensalada con frutos secos. Cenamos y tenemos una pequeña charla sobre la escuela y su trabajo. Sé que quiere preguntarme algo sobre cómo me fue con Carlos hace unos días, no es tonto y ve las cosas de inmediato. ¿Pero qué es lo que ve? Ni siquiera yo sé qué ha sucedido. Carlos y yo tenemos unos días hablando por teléfono todas las tardes y él me acompaña al salir de la escuela hasta la casa, carga mi mochila y nos detenemos en cualquier lado a mirar el cielo y a dejar que el sol nos tueste la piel de la cara, un poco tímidos, sin mucha conciencia de qué estamos haciendo. A veces intenta besarme, a veces acepto, a veces me paralizo de miedo y escapo a como dé lugar. A veces nos besamos durante ratos que al mismo tiempo parece que son eternos y que pasan muy rápido. Así que, ¿qué ve mi padre que yo no puedo ver? ¿Nos gustamos? ¿Somos novios? Qué ridículo es todo esto, ni siquiera yo puedo saberlo. Somos amigos,

supongo. Sí. Amigos. Temo que en mi cara aún sean visibles las huellas del llanto de hace unas horas, a pesar de que me he lavado el rostro y me he puesto cuanto menjunje para la piel encontré en el peinador.

Pero mi padre es un hombre discreto y no pregunta. Intenta respetar mi espacio, o lo que sea que eso signifique. Sonríe y me pasa el recipiente con la ensalada. Relata las absurdas historias de sus pacientes.

—... y entonces la muchacha, como de unos veinticinco años, me dice que se ha cortado el dedo. Le pido que me señale la herida y me muestra el dedo índice, yo voy y lo mido por puro gusto: un milímetro. ¡No te miento! Y el otro que vino a verme asustado porque había amanecido con un lado de la cara enrojecido, y que resulta ser la marca de la almohada. Pero cuando hay partidos de fútbol nadie viene a consulta. Se pueden estar muriendo y lo aguantan todo en casa.

Papá puede seguir por horas, es bueno verlo así, animado. Al principio creía que debía sentirse frustrado al abandonar su trabajo en la clínica, atender estos casos fútiles, por los que muchas veces se negó a cobrar consulta. Pero parece que en realidad le hace bien el desfile de señoras preocupadas, niños agripados y adolescentes hipocondríacos.

—A fin de cuentas, es gente que sufre y necesita alguien que le diga que todo va a estar bien. No tenemos ni idea de lo que sucede en la cabeza de las personas, las tormentas que se agitan en su cerebro. El miedo es tan doloroso como una enfermedad. Por otro lado, siempre hay alguien que de verdad tiene un problema, y si bien en este pequeño consultorio no puedo hacer muchas cosas, siempre podré redirigirlos a un hospital y al doctor adecuado. Si todos tuviéramos verdadero acceso a la salud...

Y se lanza de nuevo a la preocupación de sus días: exámenes médicos populares y gratuitos, consultas públicas, la misma gente no procura su bienestar, salud preventiva, medicamentos gratuitos, etcétera...

—Y yo le digo a la señora: ¿es usted alérgica a algún medicamento? “Sí”, me responde. ¿A cuál? Le pregunto. Y ella dice: “A todos, cuando entro en una farmacia me entran unos terribles mareos”. ¿Puedes creerlo?

En mi cabeza resuena la palabra “miedo”. Miedo, dolor, enfermedad: la carta de mi madre tenía de todo en realidad. Rebeca, “la deslumbrante” en arameo, “fulminante”, “fascinante”. Rebeca, en griego, “la fértil”, “la tierra”, “dadora de vida”. Aparece en el primer libro de la Biblia y su mirada era tan bella y penetrante que la primera vez que su marido la vio, cayó de rodillas como encantado. Los nombres bíblicos son aún más confusos que los demás. Nadie parece saber de dónde vienen y tienen tantos significados que es imposible creer que exista uno original.

Papá en algún momento nota que no le estoy poniendo atención y deja caer una pregunta, como una bomba nuclear. Una pregunta que no me animo a responder.

—Ese muchacho, ¿Carlos?... ¿Es tu novio?

Nombres, nombres. Los nombres no significan nada, son recipientes vacíos donde las personas se mudan, como si fueran caracoles. Carlos, pescado, mesa, doctor, paciente. Las palabras son un hueco que llenamos con nuestras intenciones, con lo que queremos que signifiquen. Novio, mano, labios, escuela, trabajo, huérfana. Palabras vacías, nombres, nombres...

—Es sólo un amigo, papá.

3

Carlos, “mi amigo”, llega al salón con un ojo morado y la nariz taponada con papel higiénico (el cabello impecable, lo cual es por completo ridículo). Debo ser cuidadosa, aunque se veía terrible no pude evitar imaginar que lo había arrasado un perro San Bernardo o algo por el estilo. Suelto una risita que no sé cómo la habrán interpretado mis compañeros. La maestra Margarita voltea a verme con una de esas miradas fulminantes que tan bien le salen y comienza a interrogar a Carlos, abochornándolo un montón, por lo visto, pues él sólo atina a encogerse y balbucear lo que parece, a la vista de todos, mentira.

—¿Qué te pasó, Carlitos?

El silencio se extendió por todas las bancas del salón. El uso de diminutivos por parte de la maestra nunca ha sido un buen augurio.

—Nada, maestra.

—Pero, ¿cómo que nada? ¿Quieres que llame a tus papás? ¿Ya fuiste a la enfermería?

Y todo esto la maestra lo dice tan rápido que las tres preguntas parecen fusionarse en una sola. Seguimos callados y yo temo que Carlos rompa a llorar enfrente de la clase.

—Me caí en el camino, pero estoy bien, maestra. No pensé que fuera tan vistoso, ni siquiera me duele...

Carlos responde así mientras camina lentamente hacia su asiento, como si con eso zanjara la cuestión. Quiero acercarme a preguntar, quiero tocar su rostro, quiero saber qué pasa. Sarah me mira y se muerde los labios, ya veo que sus

manos se dirigen a la pluma y que su compasión está por transformarse, inevitablemente, en montones de mensajitos que viajarán uno tras otro por debajo de las bancas. Cuando regreso a mirar a Carlos me doy cuenta con asombro que, en la mano izquierda, que tiembla todo lo que su cuerpo intenta negar, aprieta un pañuelo ensangrentado. Él nota que lo miro, sonrío (también parece que esto le causa dolor) y guarda el pañuelo con rapidez en su mochila. La maestra Margarita decide dejarlo por la paz y comienza a dar la clase. Una clase eterna, de mil millones de años por lo menos, hasta que por fin llega un receso.

Las escuelas del mundo son horribles. Edificios de hormigón, grises y fríos, planchas de concreto en los patios que se agrietan con el paso del tiempo. En esas grietas crecen hierbas e insectos, mientras los estudiantes antisociales las observan, intentando conjurar los años escolares para que pasen más deprisa. Por lo general hay salones sueltos del conjunto, que se adentran en los terrenos más o menos sin construir, que cada escuela tiene. Detrás de esos salones los chicos fuman cigarrillos que le robaron al tío asmático de la familia, detrás de esos salones se crean noviazgos de una semana y se deshacen con la misma facilidad.

Los coloridos carteles invitando a la lectura que los orientadores y trabajadoras sociales pegan en el interior de las ventanas de sus oficinas sólo sirven para resaltar la fealdad del conjunto, cuando la cinta adhesiva de celofán se amarillea con los meses. Las escuelas del mundo son horribles, así sean cabañas suizas en la nieve (de madera y techo de teja las imagino), así sean viejos castillos medievales o blancos edificios de cristiana madera sobre el pasto azul de Kentucky.

Ningún lugar que se cargue con el peso de las tristezas, ansiedades y emociones de los adolescentes puede ser un lugar bello. Cada rincón, cada esquina guarda una historia de triunfo y derrota. ¿Cuántos muchachos no habrán llorado sobre aquel muro, por algún problema emocional sin importancia que entonces parecía el fin del mundo? ¿Cuántos chicos se sentaron en esa banca en la oficina del director, chicos con problemas de drogas, bromistas, deprimidos, obligados por sus padres a trabajar, con trastornos alimenticios horripilantes, con su sexualidad confundida, abusados, o simplemente estúpidos, porque se vale ser tonto..., cuántos huérfanos?

Detrás de uno de esos salones periféricos estamos sentados Sarah, Carlos y yo. No hemos dicho palabra en buena parte del receso, lo cual, si me preguntan, es todo un triunfo para Sarah. No creo que la pobre haya dejado de hablar cinco minutos seguidos desde que aprendió a hacerlo. No es cuento, cuando me quedo a dormir en su casa la escucho murmurar dormida nombres de artistas juveniles que aparecen en las revistas que le gusta leer. Una especie de charla fingida, igual de artificial que los cuestionarios de esas revistas: “Hola Zach, soy del signo Aries, mi color favorito es el fucsia. ¿Cómo dices, Jin, Suga, J-Hope? ¡Yo también amo los paseos por la playa!”.

Pero esta vez algo parecido al respeto o la prudencia se sobrepone en ella. Carlos mastica su sándwich de jamón y queso con lo que parece ser el lado aún bueno de su cara. Me estoy hartando de las preguntas que no se atreven a ser formuladas, así que, contra mi naturaleza reservada, abro la boca, me vuelvo vocera de Sarah y pregunto:

—Carlos, ¿qué te pasó en el rostro?

Pero me engaño, por supuesto, porque soy yo quien desea saber, soy yo quien ignora cómo acercarme y sufro por dentro. Algunas situaciones en la vida vienen sin manuales.

—Me caí camino de la escuela —dice sin dejar de masticar, al parecer, dolorosamente. Hay veces que el conocimiento, más que una herramienta, es un recordatorio de nuestra fragilidad. Puedo imaginar las conexiones nerviosas en el cerebro de Carlos, saltando electrificadas, produciendo dolor, pero no puedo hacer que se detengan. No puedo hacer que algo le deje de doler con buenas intenciones. ¿Ese conocimiento era parte del velo que separaba a mis padres?

¿Podía papá imaginar las células cancerosas en el cuerpo de mamá, incapaz de dictarles que regresaran a la normalidad, devorándola lentamente, espesando su sangre, esparciéndose?

—Eso que te lo crea la maestra Margarita. ¿Te peleaste de nuevo? —Al terminar de decir esto Sarah chasquea la lengua, como diciendo: “¡Lo sabía!”.

—Sí, otra vez. Con Edgar...

¡Edgar! Su “amigo”.

—Pero parece ser que me puso, otra vez y sin testigos, lo que llamaríamos una paliza. Creí que la vez pasada se había asustado al ver la sangre, pero a lo mejor simplemente juzgó en ese momento que ya era suficiente. No sé dónde aprendió a pelear, pero es muy bueno...

—Pero, ¿por qué, si es uno de tus mejores amigos? —Sarah, tan tierna ella.

Carlos me mira, baja la vista como si estuviera avergonzado.

—No puedo decirlo.

Algo me huelo. Algo muy malo. Sarah insiste, ha recuperado su parlanchinería habitual. Pero yo no quiero saberlo, y Sarah sigue y sigue y sigue, hasta que Carlos, abrumado, suelta la sopa.

—Se burlaba de Helena. La llama “La Huérfana” y se ríe, y yo simplemente no puedo soportarlo.

5

Tal vez el libro más extraño que haya visto en mi vida, cuando menos el más extraño que dejó mi madre en su pequeña biblioteca, es el *Diccionario etimológico indoeuropeo* de Julius Pokorny, un profesor checo que, durante la Segunda Guerra Mundial, a pesar de ser nacionalista, fue expulsado del país cuando se descubrió que tenía antepasados indeseables o impuros para los estándares nazis. Judíos, como mi mamá. La semana pasada ignoraba que existía ese país llamado República Checa, algo que mi profesor de geografía desaprobaría con tristeza.

Me recuerda a mis desconocidos abuelos, también exiliados de un mundo diferente al nuestro, y por eso hojeo el libro con calma y deleitación. Escrito en alemán y traducido al español por otras dos personas, con mucho esfuerzo apenas si entiendo un poco de lo que ahí se encuentra. Es un diccionario de raíces indoeuropeas, el idioma mítico, desconocido, del que provienen todos los idiomas de buena parte de Europa, entre ellos el latín y, por consiguiente, el español. Me vuela la cabeza la idea de que existiera un idioma anterior a todos los idiomas, y que estos hombres, estos locos fantásticos, como Pokorny, intentaran reconstruirlo lentamente, buceando en el pasado de sus respectivas lenguas.

En la entrada 1427 de la página 271 anota: “*Orbho*, raíz indoeuropea que significa ‘apartar’, ‘separar’”. La palabra “huérfano” viene del latín *orphanus*, originada del griego *orphanos*, con la misma connotación, es decir, alguien que ha perdido uno o más de sus progenitores, que ha sido apartado de ellos (por la muerte o las circunstancias). En alemán antiguo (germano, diría mi madre) existe el término *arbeit*, que significa “esfuerzo o privación”, es decir, alguien que por razones de trabajo demandantes se separa del mundo. Trabajar es sufrir. Labor, elaborar, e incluso labrador pro-

vienen del mismo lugar. Lo que me hace entender que ser huérfana es un trabajo de tiempo completo. Si no estoy lidiando con la incómoda compasión de los maestros tengo, entonces, que vérmelas con las burlas de mis compañeros.

Otro escritor checo inventó la palabra “robot” (gracias, diccionario “normal”) y, vaya sorpresa, me entero de que comparten la misma raíz, mágica y misteriosa de *orbho*. *Robota* quiere decir algo así como “trabajo duro” y así se designaban los seis meses que un siervo trabajaba para su amo en la Edad Media. Seis meses para él, seis meses para el señor feudal.

Entonces, después de eso me queda la impresión de que ser huérfana es un trabajo de tiempo completo en el cual tienes que demostrar los sentimientos de un robot. De por sí ser adolescente, a veces, es terrible, es un mundo salvaje en el que los más débiles caen primero. Tal vez exagero, pero además de eso, pertenecer al grupo de los “no tan normales” (los huérfanos, los gorditos, los altos, los chaparros, los de distinta religión, los morenos, los pelirrojos, los homosexuales, los muy delgados, los muy pálidos, etcétera) parece ser tomado por algunos idiotas como una invitación a servir de blanco de sus burlas.

¿Qué hacer entonces? Me armo de valor, de indignación más que nada, y a la salida de clases me acerco a Edgar. El grupo de lambiscones de siempre celebra su habilidad para los puños y al principio no me dejan acercarme a él por la manera en que lo rodean. ¿Tanto renombre trae consigo la violencia?

—¿Te sientes muy macho, Edgar? —le grito mientras el grupo sigue avanzando, alejándose cada vez más de la escuela. Él voltea al oír mi voz, ufano, alegre, satisfecho, podría decir que orgulloso de sí mismo. Así debieron voltear los

semidioses griegos en los libros de mi madre cuando, desde las murallas de una ciudad en llamas, algún simple mortal los increpaba. Siempre me cayó muy gordo el tal Aquiles.

Con un corte de cabello militar y cicatrices en el rostro por una varicela mal atendida en la infancia, Edgar es un tipo impresionante. Diez centímetros más alto que Carlos, y casi veinte más que yo, le saca una cabeza a la mayoría de los muchachos del salón. Tiene el cuerpo duro, y su piel recuerda una correa de cuero que ha pasado mucho tiempo bajo el sol. Las venas se le marcan, azules e hinchadas. Creo que no es feo, pero no puedo aislar en mi cabeza su imagen de mis sentimientos. Me parece horrible.

Él se abre paso entre los lambiscones de turno, con una mirada que podría describir como la mirada de un loco. Tiene ojos de un azul intenso que contrastan muy bien con su piel quemada. Al igual que Carlos, Edgar es un nombre de origen germánico; significa “Aquel que defiende sus tierras con lanza”. Vaya, como que el listado de valores que consideraban importantes esos germanos no era muy amplio que digamos. Lanzas, espadas, flechas, escudos.

Y mientras pienso eso descubro de pronto que tengo miedo, que soy una niña asustada a quien se le ha muerto su madre, que mi anterior indignación se desvanece a la velocidad con la que mis rodillas comienzan a temblar.

Se acerca a mí y pone una de sus manos, abierta, sobre mi vientre. La violencia del gesto me toma por sorpresa, de la nada ha roto mi espacio seguro, mi intimidad, esa distancia prudente que existe entre el contacto físico de los cuerpos. Hay algo además terrible en su sonrisa, y aunque mi furia era real hace un momento, no me había planteado siquiera la posibilidad de una agresión real y sus consecuencias. La posibilidad del dolor, por ejemplo. El mundo de las patadas

y las riñas absurdas afuera del colegio es un mundo al cual soy ajena.

—¿Qué pasó, Helena? ¿Te fue a llorar tu novio? —La inesperada palabra “novio” me deja congelada. Los lambiscones se ríen en manada y yo sólo puedo sentir la ligera pero amenazante presión de sus dedos en mi vientre. Pienso miles de cosas en un segundo, entre otras que no es justa la risa de los presentes, que mi indignación es una causa y que Edgar ha dado por completo la vuelta a mis intenciones. Me recompongo. Supongo que espera que conteste: “No es mi novio”, o cualquier cosa similar que le dé una buena excusa para que todos se diviertan a mis costillas. Una no debe seguirles el juego a los abusones.

—¿Vive tu madre? —le pregunto, y la sorpresa hace que retire su mano unos centímetros. Se queda callado y yo tengo que subir la mirada para observarle el rostro.

—Sí —responde, todavía algo confundido.

—¿Y tu padre? —le insisto. No tengo idea de a dónde puede llevar esta conversación, pero siento que me libro del miedo en mi interior, aunque mi cuerpo sigue temblando. La manada calla, como un montón de vacas asustadas.

—No conozco a mi padre —responde Edgar, perplejo. Como si mis preguntas tan directas lo desarmaran. La verdad yo no esperaba esa respuesta. ¿No conoce a su padre? ¿Qué quiere decir? ¿El hombre los abandonó, murió, o simplemente nunca estuvo presente? ¿Cómo vive Edgar? ¿Tiene hermanos, pequeños, mayores...? ¿Su madre trabaja? Preguntas y preguntas me vienen a la mente y descubro que mi villano, a quien hubiese querido destrozar públicamente hace unos momentos, resulta ser un adolescente bastante frágil. Supongo que juzgo a las personas con rapidez, sólo

con base en lo que a mí me sucede, a mi pequeño y reducido mundo. No lo sé, y no quiero saber nada sobre él. Ya tengo suficientes problemas como para preocuparme por un abusón cualquiera que tampoco se ha tentado el corazón a la hora de golpear cruelmente a su amigo y hacer alarde de ello.

—Entonces, ten más cuidado cuando llames huérfano a otra persona —le digo y me doy la media vuelta para alejarme lo más posible del grupo. Sin embargo, voy muy atenta, escuchando si alguien ríe, si la manada estalla en carcajadas humillantes, si alguna respuesta hiriente sale de la boca de mi adversario, temerosa de que en caso de suceder cualquiera de estas cosas pierda el control por completo y me eche a llorar. Pero parece que nadie dice nada. No lo sé, no me detengo a mirar, aún me tiemblan demasiado las rodillas y me es difícil caminar.

6

—No estoy, dile que no estoy, y si habla Sarah dile lo mismo. No me siento bien.

Papá sale del cuarto sin preguntar nada. Escucho a lo lejos, como susurros, que le inventa alguna excusa a Carlos sobre mi paradero. Debí quedarse preocupado cuando escapé de él en la escuela para “confrontarme” con Edgar. Lo pongo entre comillas porque en este momento, recordando unas horas atrás toda la escena, me siento estúpida y acongojada al mismo tiempo.

Papá me dirá que el miedo es un mecanismo de supervivencia, que es causado por el estrés y la activación de alguna parte del cerebro por un estímulo exterior, un complemento y extensión del dolor. Pero el miedo puedo tocarlo en estos momentos, el miedo y la ansiedad me parecen algo espeso que flota por mi habitación, un humo malvado que me rodea y, al mismo tiempo, no me deja escapar, impregnándose en mí cada vez más. El miedo es algo que no parece presentarse por sí mismo, sino que está ligado a otros sentimientos, que se confunden en una masa extraña.

Miedo al miedo, miedo al amor, miedo a la muerte, miedo al ridículo. ¿Miedo o angustia? ¿Existe alguna diferencia? No me espera el daño físico, cuando menos no en este momento. No estoy rodeada de fieras salvajes o en medio de una guerra entre diferentes tribus prehistóricas. Sin embargo, la conciencia repentina de mi fragilidad me hace darme cuenta de que cualquier cosa podría dañarme. Que alguien como Carlos podría romperme el corazón, que el borde de la mesa de la sala es un arma punzante, al igual que el tenedor con el que comemos todas las tardes; que, quién sabe, en cualquier momento puedo enfermarme, como mi madre, de alguna cosa absurda y espantosa. ¿Y si el que enferma es

papá, por ejemplo, contagiado por algún extraño virus africano que por error llegara una tarde a su consultorio? ¿Si sufre un accidente de coche? ¿Si Sarah, corriendo en el patio cae y se rompe las piernas y yo debo calmarla y cargarla ensangrentada hasta su casa?

Mi corazón late de prisa al imaginar todo esto conforme las preguntas que no esperan respuesta siguen surgiendo de quién sabe qué oscuro pozo en mi interior. Preguntas que oscilan entre lo posible (que Carlos me rompa el corazón, que Edgar se burle de mí) y lo ridículo (los exóticos virus africanos). Es en este último punto que me doy cuenta de que estoy desvariando, toco mi frente y la encuentro humedecida por el sudor. ¡Fiebre! Por supuesto, ha llegado el fin, como era de esperar, silencioso como una sombra, como un gato negro en la noche.

El miedo es algo vivo, mamá. Un animalito oscuro y peludo que vive en nuestros corazones y sale cuando cree que nadie lo está observando, para romper floreros, robarnos un calcetín de la lavadora y descompletar los pares. Es el miedo, mamá, el que se come nuestras plantas, es la polilla de los libros viejos, es el peso en las espaldas de los ancianos. Mamá, cuando tus abuelos llegaron desde Europa en barco, huyendo de la guerra, ¿sabes quién era el polizón? ¿Quién comía el carbón de las calderas, quién roía galletas en la bodega y ataba las agujetas de los zapatos del capitán? ¿Quién desataba los botes salvavidas en la noche y enviaba telegramas a los puertos, mintiendo sobre el estado de salud de los pasajeros? ¿Quién susurraba a los oídos de los gobernantes el temor a comprometerse con unos refugiados de nombres impronunciables? ¿Lo sabes? El miedo...

Me he sentido mucho mejor después de la medicina. Papá ha entrado a la habitación, preocupado después de que no bajé a comer, y me ha encontrado delirando en la cama. “Siempre es bueno tener un doctor en casa”, dice la sabiduría popular, y mi padre es el mejor. Aunque en mi estado no ayudé mucho al diagnóstico, la reciente práctica con señoras hipocondríacas y niños latosos lo ha vuelto muy bueno para manejar todo tipo de situaciones difíciles. Papá declaró, tras un par de movimientos altamente doctorales: mano en la frente, revisión de lengua, oídos, pupilas, que padecía una infección en la garganta y ha recetado reposo, ingesta abundante de líquidos, y analgésicos antiinflamatorios para reducir la fiebre y el dolor, que inexplicablemente no se había hecho presente hasta el momento en que me diagnosticó. Tras eso he dormido ocho horas seguidas.

Me despierta el sonido del teléfono en la sala, es ya de noche, aunque desconozco la hora. En el celular tengo cuatro llamadas perdidas y una serie de mensajes de texto, de Carlos y de Sarah. La luz de la pantalla me lastima los ojos.

¿Qué era lo que en mi mente se manifestaba al calor de la fiebre? ¿Qué viejo relato de guerras y barcos y amores canalizaba mi miedo? Contesto al fin el teléfono y me siento bastante serena, lúcida.

—¿Helena?

Claro que es Carlos.

—¿Qué pasa?

—Estaba preocupado por ti.

—Estoy bien, sólo es una infección en la garganta.

—¿De verdad? Hoy en la tarde tuve fiebre y no dejaba de llorar..., debe ser la misma infección.

Claro, pienso, hay cosas que pasan cuando se besan dos adolescentes.

—Estaba asustado —continúa diciendo Carlos—. Asustado de no volverte a ver. Sé que no tenía sentido, por Dios, vamos a la misma escuela, pero eso era lo que pensaba.

Entonces, en medio de la oscuridad, veo mi silueta reflejada en el espejo de mi cuarto, apenas dibujada por el brillo de mi teléfono celular. Mi silueta igual de frágil que yo misma, gris, temblorosa y, sin embargo, plantada sobre la cama y esa cama plantada sobre la tierra. Y siento que no me veo tan mal. Y siento que vivo y que me gusta vivir. Y el brillo descomponiendo la sombra, y el espejo devolviéndome a mí misma. Y comprendo algo, algo que tengo que decir a como dé lugar.

—Te quiero —dice Carlos, tal vez sin pensar.

—¿Sabes cómo se rompe el miedo? —le pregunto y le contesto, intentando no hacer caso a lo que ha dicho—. Atravesándolo con luz.

Sobre el amor





1

Imagino que la palabra “Amor” viene de mamá. *Amma*, amá, amar, amor, etcétera, que es como los bebés llaman a sus madres. “Madre” no sé de dónde viene ni planeo hoy buscarlo, pero intuyo que, a pesar de nuestra asociación, no son palabras que compartan un origen tan evidente. Padre, Madre, esa *-dre* tan dura y prolongada, vibrando en nuestros paladares, tiene un no sé qué de respeto (de rrrrrrespeto), de solemnidad. Nadie dice la "Mamá Patria", el "Papá Tiempo". “Mamá” es un sonido que parece pura intuición, un juntar de labios y mover las manitas buscando de comer, como apretando el aire. Una felicidad tierna y animal. Ma-má.

Imaginar el origen de las palabras es más divertido que sólo buscarlas en el diccionario. *A-mor*. Sin-muerte. ¿El amor no muere, es lo que no muere? ¿El amor nunca morirá? Ay no, además de cursi, creo que estoy juntando griego con latín. Nada que ver.

Más bien posición, lugar. Como en *aposta* o en *adrede*. *A-mor*: desde la muerte. Desde el morir. Como las cartas de mamá...

2

Esto de la biología es harto falible. Es decir, infalible falible. Porque las cosas que sabemos cómo funcionan no funcionan como funcionan. Es decir, sabemos más o menos cómo funcionan las cosas y por qué, pero en cuanto comienzan a sucedernos a nosotros, pum, nuestros conocimientos van y se estrellan contra la realidad.

Aunque pertenecemos a la naturaleza no entendemos la naturaleza. Aunque somos animales, no nos entendemos tan bien como a los animales. Y bueno, ¿realmente entendemos a los animales o sólo abusamos de su silencio? Que si el dolor es una señal de alarma ante una lesión, nos decimos muy serios, y de pronto estamos sufriendo en la silla de hasta atrás del salón por vergüenza o por ¿depresión? La tristeza duele físicamente, ¿pero en dónde está la herida? Tengo tantas preguntas, pero estoy cansada de preguntarlas en voz alta. Estoy cansada de la cara de consternación de la gente porque mis preguntas son sobre cosas que consideran evidentes. Pero basta pensar más de treinta segundos cualquier cosa de nuestro día a día para ver cómo eso evidente en realidad es un velo, una palabra para tapar y encubrir lo complejo.

—¿Qué es el amor?

Esta vez quien pregunta es mi papá. Desayuna su avena paliducha que insiste en comer todas las mañanas, mientras yo me zampo dos huevos revueltos y un pan con mantequilla. No es la mejor hora para ponernos filosóficos, bastante tengo con regresar a la escuela a enfrentar las preguntas de Sarah, las caras de borreguito a medio morir de Carlos, y Dios sabe qué decida el matón de Edgar hacer conmigo después de esta semana. Papá se ve fresco, yo diría que hasta pícaro.

—Oh no, ¿ya vamos a tener “esa plástica”? —le digo para desconcertarlo haciendo comillas con los dedos. Pero es un señor listo, me conoce y mi defensa en realidad le causa risa.

—Vaya, pero si tú eres la que hace preguntas difíciles todo el tiempo. Me parece poco educado que ahora no quieras jugar.

Bueno, por lo menos lo toma como un juego. Y pensar que todo este tiempo no he hecho otra cosa más que compadecerme de él. Así que intento pensar como él piensa, el asunto de los cerebros y los cavernícolas.

—Yo supongo —le digo masticando un pedazo de pan, intentando verme casual, señalando en todas direcciones con el tenedor— que es un asunto de supervivencia de la especie. Aventamos un montón de hormonas por aquí y por allá cuando nos enamoramos, para que podamos reproducirnos y esas cosas, y otro montón de hormonas diferentes por aquí y por allá cuando vemos pues a nuestros padres..., y ustedes cuando ven a sus hijos y así, para protegernos entre nosotros de las fieras.

Mi padre ha terminado su avena y veo que se ríe mientras se levanta de la mesa. Mamá tenía una palabra para eso, peripatoso. Peritonitis. ¡Peripatético! Eso mismo. Le gusta aleccionar caminando.

—Je, bueno, hormonas tenemos para todo, ya te habrás dado cuenta. Vasopresina y oxitocina son las principales en acción en eso que describes, por eso se sienten bien los abrazos y nos emociona ver las fotos de las personas que nos gustan. Pero también hay neurotransmisores, nuestro cerebro comienza a funcionar distinto cuando nos enamoramos, como si estuviéramos bajo una droga. Opiáceos endógenos, ¿puedes creerlo? El cerebro hace sus propias drogas. Pero eso no explica nada, Helena.

—Bueno papá, tampoco me gusta que seas capcioso. Eso explica todo. Básicamente actuamos como tontos porque estamos como drogados.

—No recordaba que fueras cínica, hija. Tú eres la que colecciona palabras. Todo eso está muy bien, pero son partes del amor y son fenómenos que aparecen cuando algo desconocido ya ha pasado. Afecto, apego, atracción, ahí están las miles de hormonas y neurotransmisores, pero yo no diría que eso es amor. ¿Por qué nos gusta quien nos gusta y en qué momento el cuerpo decide que esa persona nos ha gustado? ¿Por qué no nos gusta alguien y después sí, como si no pudiéramos vivir sin esa persona y se nos va el aire sólo de pensarlo?

—Tú dime, tú eres el curioso el día de hoy —le digo intentando bromear, pero me siento a la defensiva. Y creo saber por qué.

—Ese muchacho, Carlos. ¿Has visto cómo te mira?

Y así como si nada dice cosas en las que no quiero pensar. Porque Carlos es lindísima persona, pero algo extraño pasa ahí, una planicie emocional en mí que ya no sé si es él o soy yo. Pero, y me da mucha pena decirlo, estoy segura de que no pienso igual que él. Y que no lo miro como él me mira a mí. Y la verdad es que me da mucho miedo hacerme responsable de esa sensación.

—Qué dices papá, ¡basta!

—Ese muchacho está completamente enamorado, Helena. Como un tonto, como tú dices.

—¿Por qué me dices eso?

—Sólo quería decirte que el amor es una fuerza desconocida y poderosa, yo lo sé y no necesito la medicina para saberlo,

3

pero aunque no vence todas las dificultades sí que ayuda a sobrellevarlas. Él entenderá.

Y yo me pregunto, ¿tan transparente soy?

—Se hace tarde —le digo al fin para cambiar de tema, y nos metemos al coche los dos en silencio. Él parece perdido en recuerdos, yo siento una extraña amargura en la boca.

Creo que voy a cortar con Carlos

¿Pero quééééééééééé? ¿¿¿Por qué???? ☹_☹

Pues es que no siento nada. Yo lo aprecio y todo, pero no me siento en el mismo lugar que él.

¿Qué lugar, no manches? Ni que se fueran a casar.

*Es que tú no lo has visto, él va muy en serio.
Si seguimos así le voy a hacer daño o voy a hacer cosas que no quiero y no me gusta ninguna de las dos opciones.*

Rompecorazones mi amiga, ea, ea.

La que es bonita es bonita.

(~^~)

~ (v _ v) ~

Bueno, por lo que tengo entendido los noviazgos de una semana tampoco son la cosa más rara del mundo. Es decir, pues somos jóvenes, vamos en la misma escuela, es normal que una se confunda o lo que sea. Y no es que no sepa decir que no, eso sería mentir. Yo quise, después de besarlo la primera vez, seguir ahí. Y volvemos a besar y tomarnos de la mano y todo eso. Se siente bien y quería sentir bien. Pero me dio miedo, es la verdad. Porque, ¿qué tal que si parpadeo y de pronto han pasado cinco años y sigo con él y yo voy a la universidad y sólo sigo ahí para tener a quien besar y no pensar en que desde que murió mamá no puedo sentir como quisiera sentir y nada me inunda ya el corazón, y un día le digo que no lo quiero y que nunca lo quise y que me disculpe, y él se vuelve loco y termina como un vago zarrapastroso en la calle, despechado, porque una terrible mujer le rompió el corazón? ¿Qué le diría yo luego a sus papás? ¿O estoy exagerando?

Pero con todo y que estoy convencida de dejar pasar las horas. En el salón me mira desde lejos, como interrogante porque algo presiente, pero tampoco dice nada. En los recesos va y se sienta junto a mí y pone su cabeza en mi hombro, y el gesto me mata un poquitito por dentro. Me toma de la mano y dejamos caer todo el peso de la conversación en Sarah, quien parece más nerviosa que yo por lo que sabe y habla sin parar de las bandas coreanas que le gustan.

—Y he sabido que Jungkook prefiere usar el cabello en colores oscuros, porque cree que es el color que mejor va con sus facciones y estilo. Y sí me parece monísimo. Además, cuando todos eran más jóvenes y vivían en un primer departamento juntos, si alguien rompía las reglas de la casa tenían que pagar una cantidad de dinero, pero al poco tiempo se deshicieron de ese método... Y J-Hope disfruta mucho

de la primavera, dice que es una estación perfecta para hacer cualquier tipo de actividad fuera.

No sé de dónde saca Sarah tantos datos y la verdad es que me pierdo con los nombres que no logro asociar a los rostros de los muchachos, pero agradezco su habilidad para el monólogo. “Mo nó logoooo. Una palabra realmente redonda, como redondo. La mona que habla sola”, pienso y me río poquito, pero Carlos se ilumina cuando ve mi sonrisa y siento que al instante se me congela en la cara con... ¿culpa?

Por lo menos Edgar ya no nos molesta. En general, como que algo en él cambió desde que lo confronté esa tarde. Ahora parece, más que un matón, una persona muy triste. Me dicen que falta muy seguido a la escuela y que a veces lo ven fumando a la salida, esperando a sus amigos que sí asisten. Quisiera disculparme, pero la ofendida fui yo y no sabría muy bien qué decirle.

Así me voy arrastrando todo el día, o así me siento, como si mi ser fuera un bulto pesado, un costal lleno de piedritas que tengo que atravesar por un campo, pero ese campo es el horario de clases. Me empujo, mejor dicho me arrastro. Me empujo con todo mi esfuerzo para terminar el día y sé que al final Carlos se ofrecerá a acompañarme hasta mi casa, y en el camino me pedirá la mochila y me intentará besar y yo tal vez lo bese y tal vez me guste besarlo, cosa que me causa aún más culpa. Y así pasan las clases y la maestra Margarita parece hablar en el vacío porque no entiendo nada de lo que dice, porque no puedo concentrarme en otra cosa que no sea la angustia del final.

—Respecto a lo que te dije el otro día por teléfono... —comienza a decir Carlos. Estamos a medio camino de mi casa. Caminamos por calles pequeñas de banquetas estrechas, donde no hay tanta gente como en las avenidas. Hay mucho sol, todo el camino lo he sentido en el rostro como acusándome. Papelerías, puestos de comida, es como si por primera vez me diera cuenta de un pequeño mundo a mi alrededor bañado por ese mismo sol. Yo no quiero que Carlos siga hablando del tema porque tendría que detener una declaración más seria y no quiero causar el final.

—También estaba enfermo, no sabía muy bien lo que decía —sigue hablando y noto en mí algo de indignación. Ahora piensa en echarse atrás porque dijo que me quería, y aunque entre mi lista de pendientes estaba terminarlo el día de hoy, noto que no me gusta la dirección que va tomando su conversación.

—Pero lo volvería a decir —termina. Menos mal. Estaré muy triste y lo que sea, pero aún tengo un poquito de vanidad. Me detengo en seco y le pongo las manos en el pecho, suspiro como agarrando valor o algo así. Hay algo muy físico en tomar decisiones, una actuación del cuerpo casi inconsciente.

—Tenemos que hablar —le digo.

Para haber anotado más de trescientas palabras ya en mi libreta, de las cuales me siento muy orgullosa, me doy cuenta de que soy muy torpe para expresarme. Es muy difícil de explicarle a este muchacho dulce y amable, guapo para colmo y que no ha hecho nada malo realmente, que no veo motivos para que sigamos en esta especie de cosa que es muy chiquita para ser una cosa con nombre. Este acompañarnos y besarnos y tomarnos de la mano, y sentir a veces el cuerpo el uno del otro

y que es maravilloso, pero que me da miedo porque no siento otra cosa. Es muy difícil explicarle que no estoy lista para que sea algo más y que estoy segurísima de que tampoco podemos seguir nada más así, porque él se iría metiendo más y más en mi vida e iría cediendo cositas pequeñitas de su propia vida para que yo las tomara, y yo tomaría esas cosas pequeñitas por comodidad hasta que ya no quedara nada que tomar y, entonces sí, sería criminal. Y que “no eres tú soy yo” es una pésima frase, pero que, tal vez, es la frase que quiero decir.

Es muy difícil además porque descubro que realmente me gusta, siento en mis manos su camisa y debajo de su camisa su cuerpo, y siento que ambos despedimos calor, pero yo sigo hablando porque debo hablar ahora. Y él se ve tan confundido, tan espantado y puedo ver, por Dios que puedo, ver su dolor, como si algo adentro de él se encogiera y una mano apretara ese algo dentro de él.

—Pero, ¿por qué? —me dice, y cuando lo dice se le humedecen los ojos y yo me siento morir otra vez. Y ya le dije porqué, pero él no entiende que ese porqué es el porqué y que no hay nada más. Él quiere una explicación clara, racional, ordenada, que anuncie mi partida a un convento y que me he prometido a alguna religión extraña, o que veo a otro muchacho que me gusta más, o que no me gustan los muchachos. Una explicación clara y tajante y definitiva, un límite que no puede cruzar con su mera voluntad, pero mi explicación es clara para mí y por eso sé que para haber anotado trescientas palabras en mi libreta no me sé expresar. Así que le digo algo que no es enteramente verdad, pero que me viene a la boca con algo de desesperación porque estoy cansada de hacerlo sufrir y preguntar.

—Porque yo no te quiero igual que tú a mí.

6

—También el amor duele mucho —le digo a mi papá.

—Lo que duele es la separación —me responde, comiendo su avenita de siempre con la misma obsesión. Ha sido otra semana terrible e ir todos los días al mismo colegio que Carlos no ayuda gran cosa. Lo veo día con día taciturno, me mira de reajo y me rehúye, hundiéndose entre su club de amigos como si no soportara mi mirada. Él y Edgar parecen de nuevo muy fraternos, como si algo que se había roto en la nariz de Carlos se hubiera reparado cuando terminamos. Misterios masculinos, pero me alegra que ése ya no sea un problema para ambos. Tampoco Edgar se merece convertirse en un abusón por el resto de sus días, vaya papel triste para un adolescente.

—Me gustan nuestras conversaciones, papá —le digo como si fuera una cosa casual, pero es algo que tenía rato atorado en el pecho.

—Cuando murió tu mamá —dice mientras limpia el plato con su cucharita— yo tenía mucho miedo. Entre todas las cosas del mundo, jaja, tenía mucho miedo de que tú y yo no nos lleváramos bien.

—Nadie nos enseña a ser papás —le contesto sonriendo.

—No, ciertamente no. A mis padres nadie les enseñó, tenían muchos prejuicios y trabajaban mucho. Eran gente de otro tiempo, pero yo no quería repetir los mismos errores, eso le dije a tu mamá desde el primer momento. Y luego se fue y, si te soy sincero, estaba muy asustado.

Algo en mí parece abrirse como una novedad o revelación. La vanidad de los hijos es tal que nunca creemos que, ¿quién

sabe?, en una de éstas y le caemos mal a nuestros padres. Que se sienten obligados porque somos sus hijos es evidente, pero no sabemos cuánto sufren para soportarnos. Yo a mí misma tal vez no me soportaría.

—Siento culpa —le suelto al fin.

—¿Pero de qué hablas? —Su rostro se descompone un poquito y se limpia la comisura de los labios con una servilleta. Se levanta de su lugar y se sienta junto a mí, abrazándome, y yo me siento chiquita otra vez, chiquititita, como cuando tenía cinco o seis años y me daban miedo, en las noches, las sombras de mi cuarto que, a veces, tenían forma de monstruos, o duendes, o demonios, y me iba al cuarto de mis papás y les pedía permiso para dormir con ellos. Siento su mano apretando mi hombro, su brazo cubriéndome, como cubren las sombras de los árboles cuando hace mucho sol. Y yo recuerdo que, en aquel entonces, cuando esa niña asustada pedía permiso, me acostaba atrás de mi papá, porque en mi lógica de niña, él era más grande y los duendes batallarían más para encontrarme. Y comienzo a llorar y a decir en voz alta todo lo que no había podido decir, todo lo que sentía tan adentro como enterrado en un pozo escondido al que alguien le ha dado con un pico por error, y como si fueran agua las palabras me empiezan a brotar, entre hipidos y mocos y sólo quiero esconderme detrás de él para siempre, para no enfrentar nunca ni el dolor ni el miedo ni el amor.

—Siento culpa porque dejaste de trabajar por mí, porque has dedicado tu vida a mí, porque cocinas para mí y yo no puedo ni siquiera sentirme contenta. Siento culpa porque le rompí el corazón a un muchacho muy amable conmigo, y él no puede entender por qué lo hice y ahora su vida será creer que la gente es cruel porque fui cruel con él. Siento

culpa porque pienso mal de Sarah todo el tiempo y ella sólo me quiere como soy y no me juzga, y me ha ayudado todo este tiempo ofreciéndome su amistad. Siento culpa porque enfrenté a otro muchacho y le dije sin querer una cosa horrible. Siento culpa porque no soy la mejor alumna de la escuela y porque mamá murió creyendo que no la quería, que estaba lejos, porque tenía miedo, y me aislé porque sabía que algo muy malo le estaba pasando y no, yo no podía verla...

—Alto, alto, alto ahí —me dice y me toma el rostro con una mano para asegurarse de que lo veo directamente a los ojos. Tiene una mirada de inmensa preocupación y ternura, o así me lo parece—. Helena, tu madre nunca creyó eso ni por un segundo, y casi me enfado de sólo saber que piensas eso. Eres una hija maravillosa, la más maravillosa hija que pudiera desear cualquier persona en todos los universos posibles. Nada de eso es tu culpa, todo lo que me dices es sólo la vida, son sólo cosas que pasan y has hecho lo mejor y lo más correcto cada vez que has podido. Y yo soy muy feliz de tenerte en mi vida y de todo lo que sea necesario hacer para... Pero ya no lo escucho. Llora tan fuerte que ya ni escucho lo que me está diciendo, sólo me hago bolita en su pecho y con el llanto comienzo a sentir una paz inmensa.

Dice Carlos que si podemos ir al cine los cuatro (☹_☹)

¿Cuáles cuatro?

Tú, yo, Edgar y él. Como amigos ☹ω☹

¿Te parece prudente?

¿Pues qué te digo, amiga? La vida sigue.

Índice

Sobre el dolor.....	7
Sobre el miedo.....	31
Sobre el amor.....	57

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA DE CULTURA

Marina Núñez Bernal

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Guillermina Pérez Suárez

COORDINADORA NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Sobre el dolor, el miedo, el amor, escrito por
Raúl Aníbal Sánchez e ilustrado por Cecilia Ruíz, se terminó
de editar en julio de 2023



